



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 1997, Joan Manuel Gisbert

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-132-6

Depósito legal: M-37.834-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: noviembre de 2019

Más de 26 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **El secreto del hombre muerto**

Joan Manuel Gisbert

Ilustración de cubierta de Jorge González

loqueleg



## Lejos de aquí podrás abrirte camino

Perdido en aquella ciudad llena de canales, Luca se mordía los labios para no llorar. No quería que lo vieran con los ojos enrojecidos por el llanto.

Venciendo la timidez, la vergüenza y la tristeza, había llamado a muchas puertas. Se ofrecía como ayudante de criado, para cualquier trabajo doméstico, a cambio de techo y comida.

Le había costado mucho decidirse a llamar la primera vez a una casa. La segunda se le hizo un poco menos cuesta arriba. A la tercera, no tuvo que pensárselo tanto, y así, a lo largo del día, se fue acostumbrando.

Pero no había recibido más que negativas y desprecios. En muchos casos, al verle por las rejillas de las puertas, ni siquiera se molestaban en abrir. Otras veces, entreabrían un ventanuco para decirle de mal modo que se fuera.

En alguna ocasión, para burlarse de él, abrían la puerta para mirarlo de arriba abajo y hacerle enrevesadas preguntas sobre el lustrado de los cueros o el abrillantado de la plata. Luca solo sabía responder que estaba dispuesto a aprenderlo todo. No le servía de nada. Le decían que se marchara y que no volviera a molestarlos.

6 Pero lo peor de todo era la causa que lo había llevado a aquella situación, para él tan triste y lamentable.

Su padre era un hombre ya mayor y muy débil de carácter. Unos años después de la muerte de su madre, se había vuelto a casar con una mujer bastante más joven que él, que tenía tres hijas. Esa unión supuso la caída en desgracia de Luca. Ágata, la nueva esposa, pasó a ejercer un dominio total sobre el padre del muchacho, y la suerte de este quedó echada. Antes de transcurrido un año, justo cuando Luca iba a cumplir los trece, Ágata le dijo una noche:

—En casa no hay pan para tantos. Eres varón y mayor que mis hijas. Lejos de aquí podrás abrirte camino. Será lo mejor para todos y un modo de aliviar la situación.

Luca comprendió que aquello era una sentencia y que a su padre le faltaría energía y autoridad para oponerse a ella.

No era verdad que en casa no hubiese alimento suficiente para todos. El problema era otro. Ágata quería alejarlo para adueñarse aún más de la situación y favorecer sin trabas a sus hijas.

La calculadora mujer lo tenía todo previsto: Luca iría a la gran ciudad de los canales a ganarse el sustento por sí mismo. Ella lo acompañaría.

Al llegar los dos aquella mañana y ver la abundancia de hermosas mansiones, Ágata le había dicho:

—Aquí hay muchas casas y *palazzi*. Seguro que en alguno puede haber trabajo para ti. Lo único que tienes que hacer es encontrarlo. No te será difícil si insistes hasta dar con él.

Luca miraba a su alrededor y se sentía totalmente desorientado. La ciudad le parecía un complicado laberinto de callejuelas y canales en el que iba a extraviarse sin remedio.

—Volveré dentro de dos semanas —dijo Ágata—. Nos encontraremos en esta misma plaza. Entonces me dirás cómo te ha ido y en qué mansión estás. Y yo se lo contaré a tu padre.

Quince días le parecía a Luca un plazo muy largo, más que suficiente para que le ocurrieran toda clase de calamidades.

Ante el silencio y la cabeza baja del muchacho, Ágata argumentó con falsedad:

8 —Sé que ahora me detestas, pero un día me lo agradecerás. Bien, tengo que irme. ¿Te acordarás de acudir aquí, dentro de dos semanas, a la hora del mediodía?

Luca asintió de manera mecánica. Ni siquiera estaba seguro de que ella fuese a volver como decía.

Ágata se inclinó y le acercó su cara huesuda para darle un frío beso de despedida.

Ya oscurecía, y sin embargo Luca continuaba llamando a las puertas como si una maldición lo obligara a seguir haciéndolo sin cesar hasta el fin de su vida.

Las negativas y desaires lo tenían martirizado, pero pensaba que si se dejaba vencer el primer día todo sería aún peor al siguiente.

En una de las puertas a las que llamó cuando ya anochecía, le abrió un hombre maduro. Al oír la cantinela de Luca, lo miró con cierta simpatía y comentó:

—Hace más de treinta años, yo llegué como tú a esta ciudad en busca de trabajo. Hoy día son muchos los que vienen, y no hay para todos. Lo siento, no puedo ofrecerte ocupación. Pero tienes cara de estar desfallecido —dijo el hombre—. Pasa. Algo para reponer fuerzas sí voy a darte.

Después de tantos menosprecios, aquella acogida amable confortó bastante al muchacho. El hombre lo acompañó a una enorme cocina de altos techos y paredes ennegrecidas por el humo, y ordenó a unas criadas que le dieran algo caliente y unas provisiones para llevarse.

Más tarde, cuando Luca ya se iba, el hombre reapareció en el vestíbulo y le dijo:

—Si alguna vez te encuentras en un apuro grave, y no tienes a quién acudir, ven a decírmelo. Esta ciudad resulta a veces peligrosa si no se conocen sus secretos.

## Creen que el palacio está deshabitado

10 La caída de la noche sumió otra vez a Luca en el mayor abatimiento. Estaba convencido de que no habría lugar para él en ninguna de las casas de la ciudad. Aunque llamara a todas las puertas, su suerte no iba a cambiar.

Triste y agobiado, caminó en la creciente oscuridad alejándose del Gran Canal. Miraba en los soportales buscando cobijo para la noche.

—Qué aire tan desamparado tienes —le dijo una mujer en una encrucijada de callejones—. ¿Vas perdido?

Luca se detuvo un poco sobresaltado y miró a su alrededor. La que le había hablado era una mujer madura vestida con sobriedad. El muchacho casi no podía verle los rasgos de la cara.

—¿Buscas algo? —le preguntó ella sin dejar de mirarlo.

Como si recitara una vieja lección, Luca respondió:  
—Una casa donde necesiten a alguien para ayudar a los criados.

—Hay muchos en la ciudad que buscan lo mismo. Pero muy pocos lo encuentran.

A Luca se le encendió una débil esperanza:

—¿Sabe usted de alguna donde aceptaran ponerme a prueba?

Ella dejó escapar un suspiro extraño y dijo:

—Yo atiendo a un noble señor sobre el que ha caído la mayor desgracia.

A pesar de lo que acababa de oír, Luca preguntó:

—¿Es rico?

La mujer repuso tristemente:

—Es más pobre que tú y que yo y que todos los pobres que hay en el mundo. No tiene nada. Por no tener, no se tiene ni a sí mismo.

—¿No? —murmuró Luca, sin comprender qué significaba aquello.

—Y eso a pesar de que está en un palacio.

—¿Cuántos criados hay allí?

—Ninguno. Él no necesita a nadie. Allí hay muy poco que hacer. La mayor parte del tiempo se va en horas muertas.

Luca estaba pensando que aquella extraña conversación acabaría como todas las demás, en nada, pero la mujer le dijo:

—Lo único que puedo hacer por ti es ofrecerte refugio esta noche. ¿Tienes dónde dormir?

—No.

12 —Pues, entonces, ven. No me vendrá mal un poco de compañía.

La desconocida echó a andar. Luca no reaccionó enseguida, pero comprendió que si no iba tras ella la perdería muy pronto de vista en la oscuridad de las callejas y luego no podría encontrarla. Aquella mujer le había parecido bastante rara y triste, pero un techo siempre sería mejor que la intemperie o los soportales.

La fue siguiendo de cerca. Ella solo se volvió una vez para comprobar que el muchacho iba tras sus pasos. Oía sus pisadas sobre las losas mojadas.

Llegaron a un estrecho canal que bordeaba una mansión palaciega de gruesos muros. Las ventanas bajas estaban enrejadas. El edificio se encontraba a oscuras, pero un leve resplandor salía de uno de los ventanales de la primera planta.

Antes de que la mujer se lo dijera, Luca adivinó que allí estaba el hombre del que le había hablado.

Se oyó entonces un chapoteo que venía del extremo del canal, como si una góndola se acercara. La mujer se detuvo y permaneció expectante. Luca aguardó tras ella sin moverse. De pronto, aquel le pareció el lugar más apartado y solitario de la ciudad.

No llegó ninguna embarcación por el canal. Los sonidos en el agua cesaron. La mujer siguió andando, llegó ante una gran puerta, abrió con una llave a la que hizo dar varias vueltas y le dijo a Luca:

—Anda, pasa. Pero sin hacer ruido. El señor no puede ser molestado. Necesita el mayor silencio. No subas para nada a la primera planta.

Estaba todo tan oscuro que no se veía dónde estaba la escalinata que llevaba a las plantas superiores.

—Aquí no hay muebles, pero al fondo hay un montón de sacos. Podrás prepararte un jergón.

Después de la soledad y el silencio, lo que más impresionó a Luca fue el incesante rumor de agua que se oía allí dentro. No le hubiese extrañado descubrir que algunas habitaciones estaban inundadas y que el agua corría por los pasillos como si el

interior del edificio formase parte del laberinto de los canales.

La mujer cerró la puerta por dentro dando otra vez varias vueltas a la llave y explicó:

14 —No quiero que entren mendigos ni vagabundos. Luego me costaría mucho convencerlos para que se fueran. Creen que el palacio está deshabitado, pero no es así.

Luca se preguntó qué estaría haciendo arriba aquel hombre silencioso, solo en el gran edificio, con aquella luz débil que salía por el ventanal. Aunque lo intentó, no fue capaz de imaginarlo.